
Don Quijote de la Mancha

*Cecilia Valverde-Barrenechea**

Guardo con Don Quijote una relación muy larga, y sobre todo muy especial, que comenzó hace demasiado tiempo, cuando cursaba el cuarto año de enseñanza media y no había cumplido dieciséis años.

En verdad, al inicio la relación fue impuesta por la profesora de Literatura, materia incluida en el programa de lo que entonces se llamaba Castellano, ampliada hoy a Español. Aquella imposición fue anunciada el primer día de clases, más o menos en estos términos: -Para la próxima lección ustedes deberán haber leído el primer capítulo de la obra magna de la literatura española y su correspondiente personaje, convertido hoy en símbolo de la literatura universal. Es importante, y además espero que placentero, el hecho de que ustedes conozcan y disfruten de lo que esta obra y este personaje significan desde el siglo XVI, no solo para el mundo hispánico, sino para la cultura de la humanidad. Se trata de Don Quijote de la Mancha, el Ingenioso Hidalgo creado por Don Miguel de Cervantes Saavedra.-

* Ex Presidenta de la Junta Administrativa de la Fundación "Universidad Autónoma de Centro América". Cofundadora de la UACA. Premio de la Libertad de la ANFE.

Y a este enunciado agregó: -Igualmente, para cada día de clases van a leer, como tarea en su casa, uno de los 52 capítulos de la parte primera y de los 74 de la segunda parte. En total, son 126 capítulos. Y no se asusten, porque casi ninguno tiene más de tres páginas; lo que no es demasiado, sobre todo porque mucho habrán de disfrutar con las aventuras de Don Quijote. Esto al inicio, ya que conforme avance la lectura, ustedes irán pensando en la gran significación de tan magna obra y lo que implican sus protagonistas, porque en verdad no se trata solo del personaje Don Quijote, caballero andante, sino de Sancho Panza, su escudero y más: su compañero inseparable. Desde luego, esto vamos a escudriñarlo en clase, conjuntamente, para lo cual les aconsejo, después de leer cada capítulo y antes de escribir su resumen, que traten de encontrar algo más que el puro relato, porque cada capítulo contiene mensajes, la mayoría de manera indirecta. Esto les ayudará a agregar comentarios al resumen diario para que, con base en ellos, puedan poco a poco ir obteniendo conclusiones referentes a los muchos aspectos que abarca el famoso libro; aspectos que son casi todos los del comportamiento humano o, si se quiere resumir, que atañen a la ética que es parte esencial de la filosofía, palabra ésta que, como ustedes tal vez sepan, significa amor a la sabiduría. Precisamente tal búsqueda es la que van a emprender con esa lectura, resumida por ustedes cada día, y comentada periódicamente en el grupo de la clase.

Y la profesora agregó: -Por ahora, solo aspiro a lograr que ustedes, sin excepción, poco a poco lean verdaderamente el libro, sin caer en la tentación de tratar de saberlo de oídas, o en forma de "copia", término que pretendo no tenga nunca cabida en esta clase 'y ojalá que en ninguna". Por ese motivo voy a valerme de ciertas estratagemas. Una es declarar obligatorio para cada estudiante abrir un cuaderno específico dedicado a esta tarea. En él, después de leer el correspondiente capítulo, cada uno deberá escribir un resumen, y hasta un comentario cuando lo desee, y al llegar al aula abrirlo sobre el pupitre, por donde pasaré haciendo ronda para constatar el cumplimiento de la tarea. Además, de vez en cuando y sin aviso previo, voy a hacer examen escrito sobre él, con preguntas sobre detalles poco importantes, exclusivamente para comprobar si el capítulo verdaderamente fue leído, porque tal es el propósito. Pero mi mayor aspiración no es como profesora que exige y califica, sino como profesora que enseña lo que debe y quiere enseñar para que ustedes, mis alumnos, aprendan lo que

deben de aprender. Lo que en verdad deseo es que después de esa primera lectura que se prolongará por todo el curso lectivo, ella se convierta en preámbulo del gran placer cultural que les proporcionará, cuando pasado el tiempo la vuelvan a leer, y no solo disfruten de las aventuras de Don Quijote y Sancho, sino que piensen en su significado y que deduzcan mensajes sobre lo que en verdad implica la ambición humanitaria de Don Miguel de Cervantes mediante Don Quijote-caballero-de-un-ideal, en unión aparentemente contradictoria de Sancho Panza-escudero-de-tosca-realidad-.

Pues bien, durante todo el año yo cumplí fielmente la imposición, que al principio “me cayó mal” porque no me agradan las imposiciones; pero que debía aceptar en mi calidad de estudiante menor de edad con obligación de dar cumplimiento a todas las tareas porque el propósito del profesor es que el estudiante aprenda, y casi todo aprendizaje requiere un proceso disciplinario. De todas maneras, cuando la tarea que se exige, como en este caso, es precedida de una explicación aceptablemente racional y cariñosa, dicha en un tono medianamente intrigante y por ello atractivo, como lo fue ésta, la imposición termina por no ser ...imposición, como en verdad no lo fue y como, por lo contrario, llegó a ser algo de suma importancia que originó muchos buenos impulsos en mi vida.

Sí, porque entonces me hice muchas preguntas sobre diferentes temas, lo que me condujo a estudiar y meditar, además de que, fundamentalmente, me dio motivos para hacerme importantes planteamientos sobre los valores que rigen o que han de regir la vida y porque, como agregado, la tarea nos ayudó en el aprendizaje de redactar. Todo eso poco a poco, no exclusivo, y relacionado con muchas otras vivencias, aunque me parece que aquella lectura, unida a las preguntas y observaciones inteligentes que hacía la profesora, fue algo fundamental en mi adolescencia, aunque sin traspasar el límite porque son demasiados los asuntos que hay que absorber, los deberes que hay que cumplir y los misterios que hay que aclarar en esa complicada etapa de la vida.

Sobre todo vino en seguida la preparación para el bachillerato con sus muchos temas y preocupaciones. En verdad -no lo sé con exactitud pero así lo creo- después de terminar el cuarto año del colegio, Don Quijote y Sancho Panza con sus venturas y

desventuras; con sus locuras y su sabiduría, con sus contradicciones y sus realidades, continuó teniendo importancia, por supuesto que no en el mismo plano de tarea consciente y obligada, sino de manera más profunda, de pensamiento espontáneo y subconsciente. Ya no tenía relación directa con ellos, pero los recordaba con frecuencia. Después, pasó el tiempo...

Habían transcurrido tres años cuando llegué a la primera lección del segundo curso de literatura en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Costa Rica, y me sucedió que Don Quijote de la Mancha volvía a presentarse como lo más importante del curso. El profesor nos recibió con el anuncio de que íbamos a dedicar interés principal a Don Miguel de Cervantes y su magna obra, sobre la cual cada uno de sus alumnos debía escribir un ensayo, no guiado desde ningún punto de vista, ni con tema sugerido ni previamente informado, porque su propósito era tener una visión general sobre lo que su lectura dejó en cada quien. Desde luego, él daba por sabido que todos sus alumnos ya habían leído la obra, como era de esperar por ser tarea obligatoria en el colegio. Y, por supuesto que no era tan cierta su suposición porque comprobé que muchos de los compañeros se vieron en apuros porque tenían que comenzar por leerla. Yo no tenía ese problema, pero era consciente de que estar en la Universidad, aunque solo fuera en segundo año, significaba no solo mayor categoría, sino la correspondiente mayor responsabilidad que en el colegio. Por eso, escribir a los diecinueve años un ensayo sobre Don Quijote -la sola palabra ensayo me preocupaba- era tarea de marca mayor que nada tenía que ver con aquellos diarios resúmenes del colegio. Aquello se me presentaba como un gran problema y lo que fundamentalmente me preocupaba era suponer que el escrito debía versar sobre la filosofía profunda que el libro encierra, y yo no tenía entonces seguridad de haberla captado en sus sutilezas.

Entonces decidí que primero iba a repasar lo que en verdad había comprendido sobre el idealismo de Don Quijote y el realismo -generalmente asimilado a materialismo- de Sancho Panza. Una oposición que parecía ser aceptada sin mucho cuestionamiento, y que en términos generales así había sido y así parecía que continuaría siendo. Pero era algo que me confundía un poco y por eso me costaba concretarlo y explicarlo. Significaba que, aunque lo había entendido, y hasta medio-comprendido, no me parecía fácil

aceptarlo en los términos tan absolutos como los repetidos en los comentarios más accesibles.

Comenzando porque entre Don Quijote y Sancho, más que oposición o enfrentamiento, lo que yo había captado era una relación complementaria, de tal categoría que asombra y conmueve.

Fue cuando decidí volver a leer el libro con mentalidad un poco más madura, aunque no con la calma que deseaba porque el tiempo no me lo permitía. Y sucedió que mis dudas...aumentaron. Continué dudando, no de la esencia de la interpretación generalizada, sino de que ella fuera tan clara como se afirmaba y como más o menos me había obligado a aceptar en mi calidad de joven estudiante. En otros términos, continué dudando de que fuera tan evidente como lo dicen -o decían- los libros de texto y los comentaristas entonces a mi alcance. No comprendía que el idealismo de Don Quijote estuviera tan unido con su locura de caballero andante, porque más bien era en sus discursos, y en sus palabras cuando estaba cuerdo, que el idealismo se manifestaba con toda claridad. Tampoco captaba que la conducta de Sancho Panza fuera uniformemente realista-materialista, dada su posición tan solidaria, afectuosa y compasiva, no solo con su amo sino con todas las personas. Inclusive llegué a pensar que en las "aventuras" de los protagonistas había una diferencia importante. Esto es, que más allá del enfoque literal, tal deducción no puede deslindarse con claridad porque todo el relato está cubierto de observaciones del autor, algunas irónicas, y de hechos específicos que actúan como perturbadores de lo que parecía considerarse un punto de arranque que no debía discutirse y mucho menos por un estudiante en sus inicios. Pensaba que en verdad no había un verdadero enfrentamiento entre personajes extremos porque lo único extremo era la "locura" de Don Quijote, mostrada solo en etapas, que convivía con la normalidad mental de Sancho. Asimismo, pensaba que el idealismo quijotesco frente al realismo sanchesco no era en verdad un enfrentamiento filosófico, sino vivencial, cultural y psicológico. No me sentía con capacidad, ni menos con autoridad para dudar de lo que se daba por ineludiblemente cierto, pero tampoco podía aceptarlo mientras no lo comprendiera y eso me perturbaba para escribir el ensayo solicitado por el profesor. Entonces decidí que, por lo menos, podría hacerme algunas preguntas más generales sobre el fondo del libro y las características de sus protagonistas, aunque lo más probable sería que,

de todas maneras, iba a continuar presentándoseme la duda central sobre el tantas veces mencionado “enfrentamiento”. Entonces yo ignoraba que este problema de dudas y suposiciones era lo que había sido, y probablemente seguiría constituyendo, el quid en la apreciación de la obra.

El idealismo de Don Quijote solo me parecía admirable, verdaderamente admirable, cuando el personaje discurre aconsejando, analizando, protestando o alabando. Esto es, cuando piensa y actúa mentalmente sano y, así, se presenta serenamente sabio. Pero cuando entra en la acción aventurera de caballero andante -por lo menos en la mayoría de los casos- lo que sobresale es el desborde en todo sentido: en lo que desea, en lo que imagina, en lo que dice, en lo que hace, en lo que deduce. Su desorientación es total: en el tiempo, en el espacio, en los fiascos asimilados a logros y en sus consecuencias. Y me era grato, aunque me parecía extraño, que cuando entraba en su etapa de admirable y positiva cordura, no recordaba lo que había hecho o se mostraba indiferente. Entonces, yo consideraba todo ello, no como síntomas sino como posibles pruebas de que Don Miguel de Cervantes, quien estaba en la cárcel cuando escribió este libro (y en plena vigencia de la Inquisición) lo que deseaba seriamente era burlarse de la justicia real, trasladando su burla a la suposición de que la justicia es tan difícil, tan ideal, que solo un loco podía representarla; y no un loco cualquiera sino el que se traslada a algo tan lejano, tan esotérico, tan desconocido y tan dudoso como la caballería andante, que para entonces no se sabía si era histórica o meramente literaria. Y esto es importante mencionarlo porque ha habido interpretaciones en el sentido de que el verdadero y primer propósito de Don Miguel de Cervantes fue combatir los libros sobre ese tema. Algo difícil de aceptar, porque cuando Don Quijote fue escrito, hacía mucho tiempo que esos libros no tenían importancia alguna. Habían desaparecido y nadie tenía interés siquiera en saber qué era aquello. Tanto, que la mayoría de los personajes que comparten con Don Quijote y Sancho lo atestiguan.

Entonces ¿en qué podía consistir tal combate y sobre todo, con cuál propósito?

Por lo contrario, el fondo de materialismo simplón y de ignorancia evidente señalado en general a Sancho Panza, en ningún momento se muestra aislado en él, sino en compañía de un gran

espíritu de solidaridad con todas las criaturas, probada, por ejemplo, con el cariño lleno de ternura para el “rucio”, su asno (capítulo XXXIV de la segunda parte) y cuando replica a su amo Don Quijote cuando éste hace un elogio de la cacería, diciéndole:

“...que no querría yo que los príncipes y reyes se pusiesen en semejantes peligros a trueque de un gusto que parece que no había de ser, pues consiste en matar a un animal que no ha cometido delito alguno.” (capítulo citado).

Asimismo por sus expresiones en favor de la justicia sin caballería andante, cuando se preocupa, precisamente por los actos equivocados de Don Quijote, no importa que éste pretendiera igual propósito. Y, por supuesto, en la fidelidad extrema hacia su amo y señor, aun cuando éste se desesperaba y en sus momentos de locura lo regañaba, recalcándole su ignorancia y criticándole repetidamente su forma de hablar, “llena de sandeces”. Esto último provocado principalmente por su desesperación ante el exceso de refranes que repetía Sancho, en tal forma que le parecía que su escudero los sabía todos de memoria, mencionándolos constantemente, fueran o no oportunos. A tal grado era tal esa costumbre, que si alguien se propusiera -y probablemente eso ha ocurrido- recopilarlos a través de una lectura específica de la obra con ese fin, es probable que lograra una colección completa de los refranes castellanos. Pero Sancho afirmaba que ellos constituían su única riqueza, de la que estaba muy orgulloso. Otro asunto sobresaliente en él y que parece no calzar ampliamente con el adjetivo de materialista (aunque sí de realista) es el estar y manifestarse todo el tiempo muy consciente de lo que significa lo bueno frente a lo malo, aunque aceptaba, de manera muy humilde, que casi nunca estaba seguro de lo que es cierto o no, o de lo que es bello o no.

En fin, que cuando yo pretendía referirme al contraste entre ambos protagonistas, como era el primer deber que se le presentaba a un estudiante en proceso de cumplir con una tarea obligada, no podía evitar situarme en favor de Sancho Panza. Algo que me preocupaba porque definitivamente no quería, ni debía, ni podía estar de ese lado. Entre otros motivos porque lo consideraba una gran petulancia, y por lo consiguiente una tontería, llevarle la contraria a todos los que opinaban y habían opinado sobre estos importantísimos personajes. Ese era mi “problema” de estudiante ...sí, petulante en aquellos años de juventud. Me preguntaba cómo

era posible compaginar el alegado materialismo con el hecho de que Sancho Panza aceptara ser el escudero de Don Quijote, siguiéndolo en un propósito extravagante e incomprensible, sin garantía alguna de beneficios para él. Y era cuando me respondía que esta era una primera prueba de que tal actitud mostraba su lejanía de aquello que se le adjudicaba.

Por el otro lado, las aventuras de Don Quijote me resultaban, no solo complicadas por su respectiva complicación mental, sino que no dejaban de ser discutibles por sí mismas; esto es, por cada caso en sí, no tanto en la primera parte de la obra, como en la segunda. Claro que su primera acción es de altísima envergadura: proteger a un joven al que lo estaban azotando brutal e injustamente, además de no pagarle su salario. Y otra de sus primeras acciones, la de liberar a un grupo de presidiarios, puede caber dentro de ese juicio si en este último caso solo se toma en cuenta la crueldad con la que los trataban, y la ausencia de criterio sano por parte del “salvador”, que suponía todo muy justo a la luz de darles libertad, no importaba lo muy peligroso e injusto que era a la luz de lo que realmente sucedía. Después, muchas de sus aventuras se encauzan hacia princesas y gente de la nobleza con problemas, cierto que problemas de justicia, pero no similares a los drásticamente conmovedores del inicio.

Pues bien, ante estos problemas, para mí entonces muy morrocotudos mental y emocionalmente, y ante la obligación de escribir un ensayo de estudiante, decidí no tomar en cuenta aquel lío sobre idealismo contra realismo materialista, o viceversa. Y resolví el caso escogiendo un tema neutral, estrictamente literario. Mi trabajo versó sobre las novelas cortas intercaladas en el Quijote y la unidad de la obra cervantina. Ni siquiera, según lo acordado, le informé previamente al profesor mi escogimiento. Algo así era lo que no me ofrecía problema en aquel momento, y entregué mi trabajo a tiempo, en orden y sin gran entusiasmo. En verdad, con cierta frustración, porque lo que había deseado era haber podido entrarme en el meollo, digamos que filosófico, de la gran obra. Pero también con resignación porque estaba consciente de que tal cosa no era apta para mi presunción estudiantil. Mi sorpresa es que el trabajo tuvo buena calificación, que el profesor lo escogió para publicar en una revista universitaria, y que así ocurrió. Pero a mí nunca me satisfizo el tema por considerar que había sido una especie de claudicación.

Luego, a través de los muchos años que desde entonces han pasado, recuerdo mis dudas de aquellos tiempos, con la certeza de que ellas no han desaparecido completamente, aunque hay una diferencia: ahora no están en relación directa con la obra sino con su interpretación todavía generalizada. Esto quiere decir que continúo sin aceptar la gran separación ideológica, y psicológica, entre protagonistas tan inseparables y comprensivos el uno con el otro, pese a sus grandes diferencias. Y cuando continué mi relación indirecta con Don Quijote y Sancho, mediante comentarios con amigos y estudiantes de entonces, recuerdo los viejos conflictos que tales personajes me provocaron. Pero ahora, a la luz de la madurez, con más experiencia y más aclarada meditación, lo que creo más precisamente es que entre los valores de la gran obra está el hecho de que ella deja, para siempre, dudas no resueltas que permiten pensar mucho y comprobar lo muy difícil que es tener respuestas definitivas sobre temas complejos. Asimismo, que esa situación nos proporciona la virtud de lograr que sigamos pensando más de lo que pensamos cuando pretendemos estar plenamente seguros de algo.

Pues bien, ahora resolví volver a tener otra relación directa con Don Quijote y con Sancho Panza. Me indujo a ello la solemne celebración del cuarto centenario de la aparición del grande y contradictorio Caballero y el pequeño y fidelísimo Escudero. Y he leído por tercera vez la obra, que tanto tiene de importancia literaria como de importancia histórica. Pero ahora, lo que considero más notable es su importancia filosófica, principalmente en el campo de la ética; una importancia apenas intuida en las anteriores lecturas.

La leí sobre todo con el deseo de repasar aquellas inquietudes sobre el problema del idealismo frente al realismo materialista. Pero he comprobado que cambió mi perspectiva. Ahora me interesó más su contenido ético, expuesto no solo en la defensa de los valores que impulsa a Don Quijote hacia la búsqueda de aventuras, sino en sus discursos explicativos en forma de lecciones a Sancho Panza y a todos quienes tuvieron relación con él durante sus aventuras. Y esto es algo que, imagino, para Don Miguel de Cervantes debe de haber tenido primero forma de soliloquios. Forma de pensamientos analizados y sentimientos revividos en soledad, cuando en la cárcel cumplía la condena causada por problemas de cobros y pagos de impuestos. Así deduzco, o por lo

menos supongo, que fue después de arar mucho en sus interioridades, que Don Quijote fue tomando forma de creación.

Creación que se tradujo a una magna obra puede haber tenido como causa primera ese planteamiento muy íntimo sobre temas trascendentales, principalmente los que se refieren al valor justicia frente a la realidad de la conducta humana -la de cada individuo-permanentemente sometida a la gran lucha teológica entre el bien y el mal; entre los principios éticos y las tentaciones provocativas.

Ahora considero que esta es una obra ética muy pensada, muy sentida y muy relatada mediáticamente en forma de episodios. Lo ético es lo que sale a relucir cuando dejamos un poco al margen lo del idealismo y el realismo materialista. Reluce en el actuar conjunto de los protagonistas, a veces discutiendo entre ellos, o en sus relaciones con personas y personajes con quienes topan en los caminos, y fundamentalmente en las acciones mutuas y de cada uno individualmente. Asimismo, eso es relevante en la relación con desconocidos buena-gente -que parecen ser minoría, o con desconocidos mala-gente que parecen abundar. Todo ello con un condimento de ironía muy notorio que el autor nos muestra mediante diferencias muy marcadas. Por ejemplo, diferencia extrema entre las actitudes de pastores que comparten con ellos su frugal almuerzo de pan y queso y el comportamiento de los poderosísimos duques que, mientras a nuestros protagonistas regalan de todo a manos llenas, hasta la gobernación que no era gobernación de una "ínsula" que no era ínsula, se burlan extremadamente de la locura y de la candidez respectivas en los dos personajes, proporcionándoles a éstos toda clase de dolores, físicos y morales, para obtener ellos gran diversión. Diversión porque manifiestan que divertirse es su mayor anhelo. Y diversión a costa de Don Quijote y Sancho porque ninguna burla podía ser mayor que las aplicadas por ellos a dos personas que se tomaban en serio a sí mismas y tomaban en serio a quienes los invitaban y alojaban. Considero que esa pareja ducal es la más cruel de toda esta historia. Crueldad que los tales duques reparten con ánimo sonriente y dadivoso mientras nada permite a las víctimas detectar la repugnancia que aquello significa; todo lo contrario, más bien les dan oportunidad de bieninterpretar todas sus manifestaciones porque ninguno de los dos está en condiciones de comprender la malicia de la que fueron objeto durante dos semanas. Malicia, o mejor maldad de las grandes y graves, que los duques inclusive

rematan posteriormente, cuando se interponen en el camino de regreso a su pueblo de aquellos dos magníficos seres que están vencidos y van maltratados y dolidos a cumplir una promesa de sumisión y tal vez a encontrar un descanso que los alivie. Y es en tales circunstancias, sabiéndolas los duques, que éstos deciden multiplicarles sus burlas, sin importar la mayor tragedia y dolor que les van a causar, solamente porque así multiplican ellos la diversión para la cual viven. Toda una injusticia, un antivallor.

Cervantes - lo imagino- decidió que lo profundo de su mensaje ético, resaltando la justicia ante situaciones de injusticia, discurriera entre los relatos que mostraran la realidad injusta, incluyendo las casi siempre desventuradas aventuras de Don Quijote cuando actúa como caballero andante.

Y a la par, la justicia invocada y señalada por el mismo Don Quijote-cuerdo, no solo en sus discursos sino en todo lo que dice y hace, hasta en lo más simple y cotidiano, como muestras de los valores clásicos, significados en la verdad, el bien y la belleza.

En otras palabras, el autor decidió –es mi suposición- que el fondo y la forma del mensaje estuvieran separados y que, si se les juntaba, la unión aparecería muy nublada, para lo cual se valió de la parcial y extraña locura de Don Quijote y de la igualmente parcial y extraña ingenuidad de Sancho Panza. Extrañas y parciales ambas, porque una y otra encierran en sí mismas sus correspondientes contradicciones cuando se las enfoca de frente y sin tapujos. Todo ello expuesto de manera disimulada, al abrigo de una inteligencia irónica, mostrada de tal manera que en ningún momento se sale del nublado directa y abiertamente. Y que le permite un poco, o un mucho, transmitir algo así como una parodia de venganza y burla personales que se trasluce en la configuración de su personaje principal cuando éste se encuentra en acción, porque cuando vuelve a la cordura desaparece la parodia y se presenta su verdadero ideal. Además, algunas de las aventuras pareciera que guardan relación directa con ese, sí, verdadero enfrentamiento entre la justicia que debería ser verdadera (la ideal) y la justicia imperfecta que suele convertirse en injusticia. Ejemplos típicos de ello son los ya citados de sus primeras aventuras.

Pienso que esos episodios muestran el pesimismo del autor ante la justicia como es, y sobre todo, lo que él parece que se

propuso como fondo de la obra. Todo esto motivado y “digerido” en sus profundas reflexiones y vivencias, especialmente derivadas de su trágico cautiverio y de las correspondientes autointerrogaciones sobre lo que es y lo que se supone que es, pero no es, la justicia en acción. De ahí el idear un héroe que la personifica idealmente, pero no realmente porque en la realidad el meollo del asunto solo puede enfocarse irónica e irrealmente. Y tal vez por eso acudió a los libros de la caballería andante, porque podían ser un buen espejo de la forma escondida que deseaba darle a su relato, porque de tales libros muy pocos tenían noticia, y menos aun la oportunidad de leer alguno y porque esos libros eran tan esotéricos como la idealidad de una justicia verdadera.

Y ahora considero importante adelantar una posible pregunta que puede surgir como réplica a esa interpretación: -¿cómo puede compaginarse la defensa de la justicia, y en general de la ética, con el alto valor que Don Quijote atribuye al uso de las armas, algo que de cualquier forma que se le enfoque implica defender la violencia como medio no solo lícito sino ínclito de hacer justicia, lo que es contradictorio? -Claro que es contradictorio, pero en la perspectiva actual. No lo era hace cuatrocientos años. Para comprender esto resulta muy oportuno releer el famoso discurso de Don Quijote sobre las armas y las letras (capítulo XXXVIII de la primera parte), precedido de lo que puede considerarse una especie de prólogo -o más bien su conclusión adelantada- en el cual, pese a defender la profesión de las armas por sobre la profesión de las letras, dice muy tajantemente que, por sobre todo, el valor máspreciado es la paz. La paz que hace cuatrocientos años solo podía ser pensada como el logro del buen uso de las armas.

Considero que este es uno de los casos perfectamente claros en los que la diferencia histórica se marca y se remarca. En el siglo XVI, como en toda la historia hacia atrás, (con excepción de lo que exponían aisladamente algunos pensadores sin que ello operara), y hacia adelante por lo menos durante los siguientes dos siglos, era casi imposible desligar el valor justicia del medio violencia. Las armas y armaduras de Don Quijote eran entonces, lógica y prácticamente, imprescindibles para acompañar sus argumentos y razones y lograr el loable propósito de hacer justicia. El mundo de entonces no concebía, ni presumía, ni presentía que, para citar solo lo que parece más claro, algo llamado Derechos Humanos iba a ser trascendental en la concepción y la obtención posterior

de la justicia. Algo que solo tiene dos siglos de existencia y que ha dado ya muchos pasos positivos hacia esa meta que, quizás, no esté demasiado lejana. Y hasta puede admitirse que el discurso de Don Quijote sobre la importancia de las armas significaba entonces un sustituto de lo que hoy son los discursos que defienden la justicia con base en los Derechos Humanos. Más exactamente, de lo que hoy, no obstante haber avanzado tanto, todavía es ... un ideal cuya diferencia no resulta muy grande con el ideal de Don Quijote, cuya síntesis puede ser el pliego de consejos que le escribe a Sancho Panza cuando éste se dispone a asumir la gobernación de aquella “Insula Barataria”.

A este escrito, un poco interpretativo por lo que la obra hace pensar, un poco sentimental por lo que hace sentir, y un poco nostálgico por el papel que tuvo en mis épocas de estudiante, deseo agregar una anotación útil que me recuerda al Maestro Constantino Láscaris. Se trata de la relación entre el lenguaje usado en el Quijote y el lenguaje que hablamos en Costa Rica, comenzando por nuestro voseo. Ese voseo que no procede de aquel trato cultísimo, correctísimo y formalísimo para rendir respeto y pleitesía a los personajes, sino del trato popular con implicaciones diferentes y contrarias, usado de manera irrespetuosa entre iguales y al que se refiere varias veces Sancho Panza. El Dr. Láscaris opinaba que en verdad, lo que sucede en Costa Rica (y en Argentina), simplemente es que hablamos casi casi como en el siglo XVI, lo que no deja de ser curioso y original, tanto por los siglos que han pasado como por la exclusividad en dos naciones tan lejanas entre sí. Opinaba que deberíamos dejarlo así, sin hacer esfuerzos de cambio, porque en verdad es algo que nos caracteriza. Desde luego que esas observaciones sobre el lenguaje resultan notables por lo abundantes, mientras se lee la obra, si el lector está sobreaviso, como lo he estado en esta última ocasión. Por ejemplo, mucho me llamó la atención encontrar varias veces el término “por dicha”, que hoy para los españoles, tanto es típico del lenguaje antiguo, que en la edición de UTEHA de 1956 “por dicha” aparece en la lista de las notas explicativas de lo que puede ser incomprensible para el lector. Y bien sabemos que ese término es hoy de uso tan, tan común en Costa Rica (y parece que solo en Costa Rica), que en otras naciones “adivinan” nuestra nacionalidad con solo oír cuando al saludar contestamos, muy bien... “por dicha”. O cuando decimos, “por

dicha" todo terminó así. Más que encontrármelo en Don Quijote, lo que me llamó la atención es que estaba encontrando algo que comprueba la tesis de Láscaris, de que nuestro lenguaje todavía mantiene parte de su estructura en el siglo XVI.